

El 19 se verificó la primera entrevista con Su Santidad.—El 20 asistieron SS. MM. en la capilla Sixtina á la misa pontifical. Acabado el Evangelio, les dirigió Pio IX una tierna alocucion que conmovió á todos los oyentes, hablándoles de las obligaciones especiales que pesan sobre los soberanos de la tierra, de la importancia de la aceptada por Maximiliano y de los esfuerzos que debia hacer para corresponder á las esperanzas de los súbditos y cumplir los designios de la Providencia. Recibieron en esa misma misa SS. MM. la comunión de manos del Santo Padre. A medio dia fué Su Santidad á visitar á los emperadores. En la tarde volvieron SS. MM. á Civita Vecchia, en donde se embarcaron para Gibraltar.

Desde que Maximiliano fué á Paris, habia manifestado el deseo de ir á Madrid á saludar á la reina de España, desembarcando en Valencia. Tal intento era muy satisfactorio á los que no renegamos de nuestro origen, y queriamos olvidar lo pasado en esta cuestion, estrechando las relaciones de dos países ligados por los vinculos de la sangre é intereses comunes. De esta visita espontánea del emperador Maximiliano, inspirada por su conocida simpatía á España, se esperaba que esta nacion enviara un buque que uniéndose á la fragata «Thémis» fuese hasta Veracruz, como testimonio público de la armonía con que ambos soberanos entablaban sus re-

laciones. Mas no pudo ser así, y S. M. desembarcó en Gibraltar sin ir á España. Mas tarde nombró ministro en esa corte al Sr. Facio, antiguo y digno servidor de la nacion. Las autoridades inglesas saludaron con veintiun cañonazos la llegada del emperador, y hubo convites recíprocos y fiestas en honor de Sus Majestades.

Los buques siguieron á la Martinica, donde se detuvieron algunas horas. Allí se adhirieron al imperio varios prisioneros mexicanos: cuatro de ellos se embarcaron en la «Thémis» para seguir á México.—Los emperadores llegaron á Veracruz el 28 de Mayo.

CAPÍTULO VII.

Se sabe en México la aceptacion.—Almonte, lugarteniente.—Sale para Veracruz.—Entusiasmo de la capital.—Desembarco de los emperadores.—Proclama.—Recibimiento en Veracruz, en Córdoba, en Orizava.—Anécdota.—Tierna y sencilla alocucion de los indios.—Entrada en Puebla.—Llegada á la villa de Guadalupe.—Solemne entrada en México.—Algunos detalles.—Abatimiento de los republicanos.—Viaje del emperador á las provincias del centro.—Recibimiento entusiasta en ellas.—Alejamiento de los fundadores del imperio.—Se les tacha de reaccionarios.—No lo son.—Se les llama á la hora del peligro, acuden y sucumben con el emperador.

La primera noticia que se tuvo en México de la aceptacion definitiva de la corona, la llevó el vapor-correo frances llegado á Veracruz á mediados de Mayo. Un despacho del ministro del nuevo imperio

En Paris, de 15 de Abril, anunciando el embarque de los soberanos de México para su nuevo país, y que el 17 debía presentar al emperador Napoleón la carta de notificación del advenimiento al trono de Maximiliano y las credenciales de ministro, fué insertado en una proclama de las autoridades municipales, que llenó de júbilo á la capital y á todas las provincias adheridas al imperio.

Desde ese día empezó á tener cumplimiento el decreto que el emperador firmó el día de su aceptación, nombrando su lugarteniente al general Almonte durante la ausencia de S. M., y cesando la regencia en sus funciones.

El 21 salió de México el general Almonte y otros funcionarios públicos, con direccion á Veracruz, á recibir á los emperadores. Una salva de 101 cañonazos anunció el 28 la llegada á aquel puerto de SS. MM. El general Almonte, primero, y luego las autoridades de Veracruz, fueron á bordo á felicitar á los emperadores. La poblacion manifestó gran entusiasmo.

Se publicó inmediatamente una proclama del emperador que agradó muchísimo. En ella empezaba diciendo S. M. que los mexicanos le habian deseado y que se entregaba con alegría á ese llamamiento; habia palabras de consuelo y de esperanza, y concluía pidiendo la union y que se olvidasen las sombras pasadas.

En México, el entusiasmo no conoció limites. Al saberse la llegada á Veracruz de SS. MM., el pueblo y aun personas de distincion invadieron las torres de la catedral y de otras iglesias para repicar las campanas; muchísimas personas de la sociedad y funcionarios públicos recorrieron en la noche las calles de la capital, formando un alegre víctor en medio de una iluminacion general. El ministro de Francia, los generales franceses y el arzobispo salieron á sus balcones á secundar las aclamaciones de esta funcion pública y patriótica. Se comunicó por el telégrafo esta demostracion al ministro de Estado para que la pusiese en conocimiento de Sus Majestades, firmando el telégrama el Sr. Arango y Escandon, una de las personas mas ilustradas de México.

En tanto SS. MM. seguian para Córdoba. La rotura del carruaje hizo que la entrada en esta ciudad fuese á las dos de la madrugada, lo cual no impidió, sin embargo, que la poblacion entera estuviese en pié para ver á SS. MM. bajo los numerosos arcos de triunfo que les habia levantado el vecindario, que con antorchas en las manos les aclamaba cubriéndoles con flores, con el llanto en los ojos y la alegría en el corazón. Despues del *Te-Deum*, y recepcion de las autoridades y otras muestras de regocijo, siguieron SS. MM. para Orizava, dando testimonio de la alegría de los pueblos que atravesaba-

ban, en donde aparecian millares de indios con arcos de flores, aclamando á sus nuevos soberanos.

Igual acogida encontraron en Orizava, cuya divisa es: «Benigno el clima, fértil el suelo, cómodo el sitio y leal el pueblo.» Las autoridades y el vecindario salieron á recibir á SS. MM. y hubo discursos y entusiastas aclamaciones, llegando el entusiasmo hasta querer el pueblo desenganchar los caballos y tirar del coche de los soberanos, quienes se opusieron enérgicamente, amenazando con bajarse y seguir á pié. El vecindario y numerosos alcaldes de indios, con sus insignias, seguian á SS. MM.: todas las señoras y caballeros de la ciudad les acompañaron constantemente, manifestando tanto júbilo, que los jóvenes príncipes no sabian ya cómo agradecer. Despues visitaron los establecimientos públicos y asistieron á todas las fiestas que se les tenia preparadas, oyendo discursos de adhesión en lengua mexicana, tan admirable de sencillez y de ternura que importa conocer traducido, siquiera uno, para apreciar los sentimientos de esa raza tan humilde y laboriosa, y tan maltratada en nombre de la libertad: «Nuestro honorable emperador, aquí tienes á estos pobrecillos indios, hijos tuyos, que han venido á saludarte, y á que sepas que les alegra mucho el corazon tu venida, porque en ella ven á manera de un arco-iris, que desbarataba las nubes de discordia, que parece se habian avecinado en nuestro reino. El Todopode-

roso es el que te manda; que Él te dé fuerza para que nos salves. Aquí está esta flor: mira, en ella tienes una señal de nuestro amor: te la dan tus hijos del pueblo del Naranjal.»

Cuentan que en Orizava cuatro republicanos quisieron hacer acto de grosera hostilidad al emperador, colocándose de manera que se notase que permanecian cubiertos; S. M. les miró y les saludó descubriéndose, y ellos, sin ser dueños de sí mismos, se descubrieron é inclinaron. Esto nos recuerda aquel jóven frances que en Paris no se descubrió ante Pio VII, quien le dijo: «Hijo mio, la bendiccion de un anciano no hace mal:» el jóven se descubrió é inclinó.

La poblacion de Orizava, con las autoridades á la cabeza, salió á acompañar á los emperadores el día que siguieron á Puebla, repitiéndose las demostraciones de adhesión y alegría.

Como siempre, todos los pueblos del tránsito iban recibiendo á SS. MM. con entusiasmo y con arcos y flores. El 5 de Junio entraron en Puebla, cuya ciudad les recibió espléndidamente. Ricos y pobres, todos á porfia, se apresuraron á recibir y festejar dignamente á los príncipes, adornando las calles y los balcones, en donde se veian numerosos retratos de los nuevos soberanos ó sus iniciales, así como de los emperadores de los franceses; todos entre coronas de laurel y rosas; los pabellones de México y

Francia, Austria y Bélgica; arcos de triunfo é inscripciones. Hubo fuegos artificiales, arengas, vivas, *Te-Deum*, fiestas públicas y bailes, celebrándose con gran pompa por las autoridades y la población el cumpleaños de la emperatriz Carlota, que es el 7 de Junio. La ciudad de Puebla, que habia vivido tanto tiempo entre el estruendo del cañon, olvidaba en aquellos dias esos horrores, cubriendo con flores aquella bella ciudad y haciendo resonar sus gritos de alegría y entusiasmo.

El 12 de Junio de 1864 se verificó la entrada de SS. MM. en la capital. Sus doscientos mil habitantes, con pocas excepciones, se habían puesto en movimiento mucho tiempo antes para hacer los preparativos dignos de un pueblo que con sus corazones habia levantado un trono en que se veia el término de las desgracias y el principio de la concordia y de la prosperidad.

El 14 de Junio doscientos carruajes con señoras y quinientos señores á caballo salieron de la capital, llenos de entusiasmo, á encontrar á SS. MM., situándose en el llano de Aragon, por donde los emperadores debian pasar para ir á la villa de Guadalupe á orar ante la patrona de México, antes de hacer su entrada en la capital. Luego que SS. MM. llegaron á Aragon, las damas y caballeros, pié á tierra, se apiñaron en su rededor, cubriéndolas de flores y de una lluvia de oro y plata, aclamándolas

con frenesí: una comision de señoras y caballeros felicitaron á SS. MM. en nombre de los habitantes de la capital, nacionales y extranjeros. La gente de á pié, que era numerosísima, llevaba banderas imperiales. Al ver SS. MM. en derredor suyo á todo lo que México encerraba de distinguido, aclamándolas en aquella llanura con frenético entusiasmo, dieron testimonio de que la asamblea de notables habia sido intérprete de la voluntad nacional. La emocion se apoderó de los príncipes al recibir los votos de gracias que las señoras presentaban á la emperatriz y los caballeros al emperador. Allí arengó á SS. MM. el Sr. Cuevas, respetable y entendido hombre de Estado, que ya cercano al sepulcro, pulsó la lira por última vez para celebrar en el nuevo monarca

El don de gobernar, que es don tan raro.

Despues de las arengas y aclamaciones, continuaron SS. MM. á la villa de Guadalupe, seguidas de todas las señoras y caballeros y del general Almonte, en donde fueron recibidas por los arzobispos y obispos, altos funcionarios y autoridades municipales, así como por los señores ministro de Francia, general Bazaine y otros gefes franceses. El arzobispo entonó el *Domine, salvum fac imperatorem*, despues de lo cual arengó el ayuntamiento.

El domingo 12 de Junio hicieron su entrada en

la capital del imperio los jóvenes soberanos. El que conoza la amenidad de los países meridionales, la hermosura de aquel cielo, aquel ambiente delicioso de la primavera de México, comprenderá mejor el aspecto que ofrecia aquella poblacion animada de la alegría mas pura y de los sentimientos de gratitud hácia los príncipes en quienes se fundaban tantas esperanzas. No solamente la poblacion de México, sino multitud de gente de las provincias y millares de indios, habían venido á presenciarse aquella magnífica entrada, tan grande y tan espléndida, mas que por el lujo de los adornos, por el entusiasmo que reinaba, mayor aún dicen los ancianos, que el que encontró Iturbide, el glorioso libertador de México. Las flores y los cortinajes, los retratos de los príncipes y las banderas mexicana y francesa, habían llenado el tránsito de SS. MM., que avanzaban á paso lento cubiertos de las lluvias no interrumpidas de flores y de oro y plata, y de las bendiciones y frenético entusiasmo de un pueblo que les miraba como sus redentores. En toda la carrera se levantaban arcos de triunfo gigantescos, dedicados unos á la paz, otros al emperador, otros costeados por las provincias, y en ellos se veian, ya los bustos de los emperadores de México y de Francia, ya los nombres de los que contribuyeron á fundar el imperio, con inscripciones y versos tiernísimos, intérpretes todos de la delicadeza de los sentimientos

que los inspiraban. Los poetas todos compusieron tiernas poesías celebrando la regeneracion del país y las prendas de los soberanos. *Después de esta recepción*
 Describir en todos sus detalles aquella recepcion, es cosa poco hacedera; porque además de las muchas ceremonias que inventó el gozo de las autoridades y de la poblacion, en cada familia se repetian los episodios mas tiernos que producía en ellas el entusiasmo. Ni la edad avanzada, ni los achaques, ni la pobreza, ni el luto, ni el llanto no enjugado de las familias de las víctimas, nada fué parte á detener el vehemente deseo de contemplar á sus monarcas. La generacion que ya veia acercarse con tranquilidad el fin de sus dias, y la que da el movimiento y la vida, se prometian gozar de otra ventura. Los que han presenciado aquella memorable recepcion, en que pretendian que solo les faltó adorar á aquellos augustos personajes, nos recuerdan, al ver su emocion, lo que se refiere del diputado Baudin, que al saber el regreso de Bonaparte, después de la campaña de Egipto, espiró de alegría, porque veia la perdicion de su patria si un brazo poderoso no venia á sostenerla. *Esto es lo que*
 Los emperadores no ocultaban lo conmovidos que estaban al ver aquellos millares de semblantes en que estaban pintadas la buena fé y la adhesion juntamente con el regocijo y la esperanza, de cuya actitud darian sin duda gracias al Altísimo al entrar

en la magnífica catedral, donde el arzobispo entonó el *Te-Deum* en medio de un concurso escogido. Luego fueron SS. MM. á pié hasta palacio. Allí entre multitud de felicitaciones, quiso leer el general Mejía un discurso en nombre de la Orden de Guadalupe; y el mismo hombre, tan terrible en la pelea, y que ha sabido morir como un héroe, no pudo articular palabra, embargado como estaba por el entusiasmo! El prefecto municipal entregó á S. M. las llaves de la ciudad.

Imposible es concluir sin dejar de notar que en estas fiestas, que son sin duda las mas notables que ha visto la generacion presente de México, reinó el órden mas completo, que nadie prorumpió en gritos de venganza contra los vencidos. Las pocas familias que no se asociaron á esta alegría no fueron molestadas, y la ausencia de adornos en sus casas prueba la libertad en que se dejó á la exigua minoría que no simpatizaba con el imperio. Esto era ya una verdad á los ojos de sus enemigos, los cuales, vencidos mas aún por ese entusiasmo de que sus ojos y sus oídos daban testimonio, pedian solo que se les dejase tranquilos, pues creian, como nosotros, que la república y sus desórdenes quedaban sepultados en ese día! . . . ¿Por qué no ha sido así, Santo Dios? La historia lo dirá en su día; pero nosotros podemos decir desde hoy que la justicia y la razon son inmutables; que los triunfos mate-

riales que se alcanzan sobre ellas no amenguan, antes enaltecen á sus defensores, y que nosotros ni vencedores ni vencidos tenemos el fallo de la historia!.....

El imperio fué reconocido no solo por las naciones europeas que habian estado en relaciones con la república, sino por las demas, y era la Confederacion germánica, varios Estados de Alemania, el Austria, Turquía, Grecia, Suecia, Dinamarca, Rusia, Holanda, Portugal, Persia, China. En América, solo al Brasil notificó el emperador su advenimiento al trono. El reino de Italia fué reconocido inmediatamente por S. M.

Algunas semanas despues emprendió el emperador un viaje á las provincias del interior. Ya desde Veracruz hasta México habia reconocido S. M. la verdad con que se le aseguraba que la mayoría del país lo deseaba. Ahora iba á conocer lo mismo en las provincias del centro, y nada prueba mas lo convencido y contento que quedó de este viaje, que lo que escribió á su ministro de Estado: «Al volver de mi penoso viaje, durante el cual he recibido en cada ciudad, en cada pueblo y cabaña las pruebas mas sinceras de simpatía y del entusiasmo mas cordial, he podido penetrarme de dos verdades irrefragables. La primera es que el imperio es un he-

cho basado firmemente sobre la voluntad de la inmensa mayoría de la nación, y que sobre este hecho reposa la forma de un gobierno de verdadero progreso, que es el que responde mejor á las necesidades de las poblaciones. La segunda es que esta inmensa mayoría desea la paz, la tranquilidad y la justicia; bienes que espera y pide con ansiedad á mi gobierno, y que yo, lleno de la idea de mis deberes sagrados para con Dios y para con el pueblo que me ha elegido, estoy resuelto á darle.»

Y tambien al que escribe estos apuntes se dignaba S. M. escribirle: «Cuento con que en Europa hará efecto el saber que el soberano puede viajar libremente por el interior del país con una pequeña escolta.» En un segundo viaje de S. M. á las provincias de Oriente, á que le acompañó la emperatriz, tuvieron SS. MM. una ocasión mas de conocer los sentimientos monárquicos del país. Hé aquí lo que nos escribia entonces á Paris el emperador: «Mi recepción en todas partes ha sido cordial y entusiasta. En todos los puntos he podido observar el feliz desarrollo de los nuevos principios. Espero que al fin lo verán y lo comprenderán en Europa. Conozco bien á la vieja Europa, y puedo decir que no hay muchos soberanos que puedan entrar en sus capitales en medio de festivas recepciones y de una inmensa masa de pueblo, sin un soldado y sin una sola guardia, como antes de ayer lo hemos hecho

aquí.» Y al mismo tiempo, la emperatriz Carlota nos escribia tambien: «La acogida que nos hicieron en México, nos arrancó lágrimas del corazón....»

Aquí empieza, sin embargo, un nuevo orden de cosas que pertenecen á la política seguida por el gobierno imperial de México, historia propia de otro lugar y de otras circunstancias. Unicamente nos permitiremos añadir que al llegar á Veracruz, el emperador nombró al general Almonte gran mariscal de la corte, «para darle ante el país entero, que le debe tantas obligaciones, una prueba pública de reconocimiento,» segun dice el decreto firmado á bordo de la «Novara,» el mismo dia del desembarco de S. M.

Desde entonces no volvió el general Almonte á tener posicion alguna política; ni fué consultado sobre ella. Entonces se alejó á los fundadores del imperio de toda influencia política; á ese partido que en México y en el extranjero era apellidado *reaccionario* por sus enemigos que á sí mismos se llamaban *liberales*; resultando de aquí una injusticia y confusión en la manera de juzgar en Europa al partido monárquico de México, que en verdad ha hecho mucho mal.

Y sin embargo, para defender á ese partido no discutiremos sus doctrinas y sus actos, que en nosotros podria tacharse de parcialidad. Dejaremos hablar al marqués de la Habana, repitiendo aquí lo

que ya hemos dicho, y es que despues de haber estado cerca de cinco años mandando en la isla de Cuba, lo cual le ponía en la necesidad y el deber de seguir paso á paso los acontecimientos de México, decia en el senado español que allí no habia partido reaccionario, y al hacer el elogio del que llamaba así, añadía que ese partido podría pasar en España por el que en este país se llama *progresista*.

Y mas tarde el Sr. Danó, ministro de Francia, que ha residido dos veces en México, estuvo encargado de hacer varios tratados con el imperio, que nombró su plenipotenciario al Sr. Lares, jurisculto distinguido, hombre de Estado, uno de los gefes de mas talla de ese partido *reaccionario*; el Sr. Danó, repetimos, nos decia « que habia encontrado en el Sr. Lares un hombre muy liberal.

Pues bien; sobre ese partido se echó un velo despues del triunfo, y cuando llegaron los momentos de angustia; cuando se vió que nada se habia consolidado ni fundado; cuando el ejército frances se veía obligado á reembarcarse, entonces se llama al Sr. Lares, y con él y su partido se forma un ministerio, impotente ya para atacar el mal, pero que en aquellos momentos en que las ansias aumentaban con los peligros, voló al lado del heroico y desgraciado príncipe, le circundó de respeto y de adhesion, no huyó, y sucumbió, quedando entregado al rigor ó á la clemencia de los vencedores, el mismo

dia nefasto de la prision del príncipe, ante cuya heroica muerte nos inclinamos con respeto, y cuya tumba humedeceremos con nuestras lágrimas en tanto que Dios nos conserve la vida.